

PASO DE MI CELDA DE LADRÓN AL GABINETE DE TOCADOR DE LA SEÑORITA GISQUET.—AQUILES DE HARLAY.—MI VIDA EN CASA DEL SEÑOR GISQUET.—ME PONEN EN LIBERTAD.—CARTA AL MINISTRO DE JUSTICIA Y RESPUESTA.

París, calle del Infierno, fines de julio de 1832.

Me comenzaba a desnudar, cuando oí el sonido de una voz: abrióse mi puerta, presentándose el prefecto de policía, acompañado del señor Nay. Dióme mil disculpas por la prolongación de mi arresto en el depósito, y me comunicó que mis amigos, el duque de Fitz-James y el barón Hyde de Neuville, habían sido presos como yo, y que, en atención a la mucha gente que había en la prefectura, no se sabía dónde colocar a las personas a quienes la justicia creía deber interpellar. «Pero — prosiguió—, va usted a venir a mi habitación, señor vizconde, y eligirá allí el cuarto que mejor le acomode.»

Dile las gracias, y le supliqué que me dejara en mi agujero: yo le había tomado ya cariño, como un monje a su celda. El prefecto no accedió a mis instancias, y me fué preciso marchar. Volví a ver los salones que dejé desde el día en que el prefecto de policía de Bonaparte me hizo llamar para invitarme a salir fuera de París. Los señores de Gisquet me franquearon todas las habitaciones, rogándome que designase las que deseara ocupar. El señor Nay me ofreció la suya. Hallábame confundido con tanta cortesía, y acepté una piececita apartada que daba al jardín y servía, a lo que creo, de gabinete de tocador a la señorita Gisquet: permitieronme que conservara mi criado, el cual dormiría sobre un colchón a la parte exterior de mi puerta, y a la entrada de una escalera estrecha que bajaba a las habitaciones de la señora Gisquet. Otra escalera conducía al jardín, pero me fué vedada, y todas las noches colocaban un centinela abajo junto a la verja que separa el jardín del malecón. La señora Gisquet era la mujer mejor del mundo, y la señorita Gisquet muy linda y bastante aficionada a la música. Sólo puedo tributar elogios a aquella familia, que no parecía sino que procuraba expiar las doce horas de mi primera reclusión.

Al día siguiente de mi instalación en el gabinete de la señorita Gisquet, me levanté muy contento, acordándome de la canción de Anacreonte sobre el tocado de una joven griega: me asomé a la ventana, y vi un jardincillo muy verde, y una gran pared cubierta con barniz del Japón; a la derecha, en el fondo del jardín, había oficinas, en las que se veía a los escribientes de la policía, como hermosas ninfas entre lilas: a la izquierda el malecón del Sena, el río y un trozo del antiguo París en la parroquia de Saint-André-des-Arcs. Los acordes del piano de la señorita Gisquet llegaban a mis oídos con la voz de los agentes de policía que llamaban a los jefes de división para comunicarles sus noticias.

¡Cómo cambia todo en este mundo! Aquel jardincillo inglés de la prefectura era un pedazo arrancado al jardín francés de olmedillas recortadas a tijera, de la casa del primer presidente de París. Ese antiguo jardín ocupaba, en 1580, el terreno de una porción de casas que limitan la vista a Norte y Occidente, y se extendía hasta la orilla del Sena. Allí fué donde después de las jornadas de las barricadas, visitó el duque de Guisa a Aquiles de Harlay, encontrando al primer presidente, que se estaba paseando en su jardín, y se sorprendió tan poco de su llegada, que ni siquiera se dignó volver la cabeza ni detener su paseo comenzado; pero al terminar éste, por haber llegado al final de la arboleda, volvió, y, al volverse, vió al duque de Guisa, que se dirigía hacia él: entonces este grave magistrado, alzando la voz, le dijo: «Es mucha lástima que el criado despida al amo: por lo demás, mi alma es de Dios, mi corazón de mi rey, y mi cuerpo está en poder de los malvados: que hagan de él lo que quieran.» El Aquiles Harlay que se pasea ahora por este jardín es el señor Vidocq, y el duque de Guisa, Coco Lacour: hemos cambiado los grandes hombres por los grandes principios. ¡Qué libres somos hoy! ¡Y qué libre era yo especialmente! Testigo, si no, ese buen gendarme que estaba al pie de mi escalera y se preparaba a dispararme al vuelo si me hubieran nacido alas. No había ruiseñores en mi jardín; pero había, en cambio, muchos gorriones ligeros, descañados y quejumbrosos que se encuentran por todas partes, en los campos, en las ciudades, en los palacios, en las cárceles, y que se encaraman tan alegremente sobre un instrumento de muerte como

sobre un rosal: al que puede volar, ¿qué le importan los sufrimientos de la tierra?

La señora de Chateaubriand obtuvo permiso para verme. Ella había pasado trece meses, en tiempo del Terror, en las cárceles de Rennes con mis dos hermanas Lucila y Julia: su imaginación, profundamente herida entonces, no podía soportar la idea de una prisión. Mi pobre esposa tuvo un violento ataque de nervios al penetrar en la prefectura, y ésta fué una obligación más que tuve al justo medio. El segundo día de mi detención, el juez de instrucción, señor Desmortiers, llegó acompañado de su escribano.

El señor Guizot había hecho nombrar procurador general del tribunal real de Rennes a un tal Hello, escritor, y, por lo tanto, envidioso e irritable, como todo el que emborriona papel en un partido triunfante.

El protegido del señor Guizot, encontrando mi nombre y los del duque de Fitz-James y el del señor Hyde de Neuville, mezclados en la causa que se seguía en Nantes contra el señor Berryer, escribió al ministro de Justicia que, si él mandase, no dejaría de hacernos prender y envolvernos en la causa como cómplices al par que como pruebas de convicción. El señor de Montalivet creyó deber prestarse a las insinuaciones del señor Hello: hubo un tiempo en que el señor de Montalivet iba humildemente a mi casa a tomar mis consejos y mis ideas sobre las elecciones y la libertad de imprenta. La Restauración, que hizo par al señor de Montalivet, no pudo convertirlo en hombre de talento, y, sin duda por este motivo, la trata hoy tan mal.

El señor Desmortiers era antes de la congregación gran afiliado, gran legitimista, gran partidario de las ordenanzas, y ahora acérrimo justo medio. Rogué a aquel animal que se sentara con toda la política del antiguo régimen: acerquéle un sillón, puse delante de su escritorio una mesita, pluma y tintero: me senté enfrente del señor Desmortiers, y éste me leyó, con una voz benigna, los pequeños cargos que, debidamente probados, me habrían hecho cortar tiernamente la cabeza; después pasó al interrogatorio.

Declaré de nuevo que, no reconociendo al orden político actual, nada tenía que contestar; que nada firmaría; que todos aquellos procedimientos judiciales eran innecesarios; que podía ahorrarse el

trabajo de hacerlos y pasarse adelante, y que, por lo demás, yo tendría siempre un placer en recibir al señor Desmortiers.

Noté que aquella manera de comportarme ponía furioso al santo varón, que, habiendo sido de mis mismas opiniones, mi conducta le parecía una sátira de la suya, y a ese resentimiento se unía el orgullo del magistrado que se creía lastimado en sus funciones. Quiso razonar conmigo, y no pude hacerle comprender jamás la diferencia que hay entre el orden social y el orden político. «Me someto — le dije — al primero, porque es el derecho natural: obedezco las leyes civiles, militares y financieras, las disposiciones de policía y orden público; pero no debo obediencia al derecho político sino cuando ese derecho emane de la autoridad real consagrada por los siglos, o se derive de la soberanía del pueblo.» Yo no era bastante necio o bastante falso para creer que el pueblo había sido convocado y consultado, y que el orden político establecido fuera resultado de un acuerdo nacional. Si me formasen causa por robo, asesinato, incendio y otros crímenes y delitos sociales, contestaría a la justicia; pero cuando se me envolvía en un proceso político, nada tenía que responder a una autoridad que no tenía ningún poder legal, y, por lo tanto, nada que exigirme.

Así se pasaron quince días. El señor Desmortiers, cuya rabia llegó a mis oídos (furor que procuraba comunicar a los jueces), se acercaba a mí con aire meloso, preguntándome: «¿Conque no quiere decirme su ilustre nombre?» En uno de los interrogatorios me leyó una carta de Carlos X al duque de Fitz-James, que contenía una frase honorífica para mí. «Y bien, caballero — le dije —; ¿qué significa esa carta? Es notorio que he permanecido fiel a mi antiguo rey, y que no he prestado juramento a Felipe. Por otra parte me enternece vivamente la carta de mi soberano desterrado. En el tiempo de sus prosperidades no me dijo una cosa semejante, y esa frase me recompensa todos mis servicios.»

La señora Recamier, a quien tantos presos han debido consuelo y hasta la libertad, se hizo conducir a mi nuevo retiro. El señor de Béranger bajó de Passy para decirme en estrofas, bajo el recuerdo de sus amigos, lo que se practicaba en las cárceles en tiempo de los

míos. No podía echarme más en cara la Restauración. Mi antiguo amigo, el señor Bertin, fué a administrarme los sacramentos ministeriales: una mujer entusiasta acudió de Beauvais a fin de *admirar* mi gloria. El señor Villemain dió una prueba de valor; los señores Dubois, Ampere, Lenormant, mis jóvenes y sabios amigos, tampoco me olvidaron; el abogado de los republicanos, señor Ch. Ledru, no se separaba de mí: con la esperanza de un proceso, abultaba el asunto, y hubiera pagado con todos sus honorarios la satisfacción de defenderme.

El señor Gisquet me había ofrecido, como ya he dicho, todas sus habitaciones; pero yo no abusé de su permiso. Tan sólo una noche bajé para oír, sentado entre él y la señora Gisquet, tocar el piano a la hija de éstos. Su padre la riñó y dijo que había ejecutado su sonata no tan bien como otras veces. Aquel modesto concierto que el prefecto me daba en familia no tenía otro oyente que yo, y era singular. Mientras que en lo ínfimo del hogar ocurría esta escena, los sargentos municipales me traían de fuera camaradas a culatazos y a palos. Y, sin embargo, ¡qué paz y qué armonía reinaba en el corazón de la policía!

Tuve la felicidad de hacer conceder un favor muy semejante al que yo disfrutaba; el favor de un calabozo al señor Ch. Philipon: sentenciado por su talento a unos cuantos meses de arresto, los pasaba en una casa de sanidad en Chaillot: conducido a París para prestar una declaración en un proceso, se aprovechó de la ocasión, y no volvió a su encierro; pero luego se arrepintió: en el lugar donde se mantenía oculto no podía ver libremente a una niña a quien amaba: echó de menos su prisión, y, no sabiendo cómo volver a ella, me escribió la siguiente carta, en la que me rogaba que negociase ese asunto con el prefecto:

«Caballero: está usted preso, y me comprendería, aun cuando no fuera usted Chateaubriand... Yo también estoy preso, preso voluntario desde la declaración en estado de sitio, en casa de un amigo, de un pobre artista como yo. He querido huir de la justicia de los consejos de guerra, de que estaba amenazado, por haber sido recogido mi periódico de 9 del corriente. Pero, para ocultarme, he tenido que privarme de los abrazos de una niña a la que idolatro; de una hija adoptiva de edad de cinco años, mi fe-

licidad y mi alegría. Esta privación es un suplicio que yo no podría sufrir por más tiempo: ¡me ocasionaría la muerte! Voy a descubrirme, y me arrojarán en Santa Pelagia, en donde no veré a mi pobre niña sino raras veces, y eso si me lo permiten y a horas dadas, en donde temblaré por su vida, y en donde moriré de inquietud si no la veo todos los días.

»Me dirijo a usted, caballero; a usted legitimista, yo republicano de todo corazón; a usted, hombre grave y parlamentario, yo caricaturista y partidario de la punzante personalidad política; a usted, que no me conoce, y está preso como yo, para que alcance del señor prefecto de policía que me permita volver a la casa de sanidad, adonde me habían trasladado. Me comprometo por mi honor a presentarme a la justicia siempre que a ello me requiera, renunciando a *subtraerme a cualquier tribunal que sea*, con tal que se me deje con mi pobre niña.

»Usted me creará, caballero, cuando hablo de honor y juro no fugarme, y tengo la convicción de que será mi abogado, aunque los políticos profundos puedan ver en eso una *nueva* prueba de alianza entre los legitimistas y los republicanos, personas todas cuyas opiniones se hallan tan en armonía.

»Si a semejante huésped, a semejante abogado se le rehusara lo que pido, sabría que nada me quedaba ya que esperar, y me vería separado por *nueve meses* de mi pobre Emma.

»De todos modos, caballero, sea cual fuere el resultado de su generosa intervención, no será menos eterno mi reconocimiento, porque jamás dudaré de las solícitas instancias que su corazón no podrá menos de sugerirle.

»Reciba, caballero, la expresión de la admiración más sincera, y considéreme su muy humilde y obediente servidor,

»CH. PHILIPON,

»propietario del diario *La Caricatura*,
»condenado a trece meses de prisión.

»París, 21 de junio de 1832.»

Alcancé el favor que pedía el señor Philipon, y éste me dió las gracias por medio de una carta que prueba, no la magnitud del servicio (que se reducía a hacer custodiar a mi cliente en Chaillot por un gendarme), sino esa íntima alegría de las pasiones, que sólo puede ser bien comprendida por aquellos que verdaderamente la han sentido.

«Caballero: Salgo para Chaillot con de todos nosotros: vuelve, pues, a tomar tus pinceles.

»Quisiera darle las gracias, pero las palabras me parecen frías para expresar el reconocimiento de que me hallo poseído: tuve razón al creer, caballero, que su corazón le sugeriría elocuentes instancias. Estoy seguro de no engañarme al pensar que le dirá que no soy ingrato, y que le pintará mejor de lo que yo pudiera hacerlo la dulce turbación en que su bondad me ha puesto.

»Reciba, caballero, mis sinceras gracias, y dígnese creerme el más afecto de sus servidores,

»CARLOS PHILIPON.»

A esta singular muestra de mi valimiento, añadiré este extraño testimonio de mi *reputación*: un joven empleado de las oficinas del señor Gisquet me dedicó muy buenos versos, que me fueron entregados por el mismo señor Gisquet, porque, al fin, es preciso ser justos: si un gobierno literato me atacaba con indignidad, las musas me defendían noblemente: el señor Villemain se declaró en mi favor con valentía, y en el mismo *Diario de los Debates* protestó mi amigo Bertin firmando su artículo contra mi prisión. He aquí lo que me dice el poeta que se firma *J. Chopin, empleado en el despacho*:

«Al señor de Chateaubriand, en la
»prefectura de la policía.

»Admirando un día tu genio, osé dedicarte unos versos, y lo mismo que la corriente de agua se esparce en el seno de los mares, llevé este tributo al dios de la armonía.

»Hoy el infortunio ha cruzado por tu frente, siempre serena en la tempestad. ¿Qué es para el poeta el fugaz presente? Tu gloria quedará, y nuestros odios pasarán.

»Enemigo generoso, tu voz varonil y potente ha prestado su encanto al error; pero tu elocuencia subyugadora hace siempre absolver a tu corazón.

»No hace mucho un soberano hirió tu noble independencia, y tú fuiste grande ante su rigor... Cae luego, y, desterrado de Francia, no ves tú en él más que su desgracia.

»¡Ay! ¡Quién pudiese sondear tu firme lealtad y obligar al torrente a cambiar su curso! Mas aunque un solo partido se aplauda con tu celo, tu gloria es

de todos nosotros: vuelve, pues, a tomar tus pinceles.

»J. CHOPIN, empleado en el despacho.»

La señorita Noemi (supongo que éste es el nombre de la señorita Gisquet) frecuentemente se paseaba por el jardinito con un libro en la mano: solía dirigir a hurtadillas alguna mirada hacia mi ventana. ¡Qué grato me hubiera sido ser libertado de mis cadenas, como Cervantes, por la hija de mi amo! Mientras que yo adoptaba un aire romántico, el joven y gallardo señor Nay vino a disipar mis ilusiones. Le vi hablar con la señorita Gisquet, que no nos engaña a nosotros, creadores de sílfides. Caí al punto de mis sueños, cerré mi ventana, y abandoné la idea de dejar crecer mis bigotes encanecidos por el viento de la adversidad.

Al cabo de quince días, un auto de no haber lugar me volvió a la libertad, el 30 de junio, con gran dicha de la señora de Chateaubriand, que creo habría muerto si se hubiese prolongado mi detención. Vino a buscarme en un fiacre, que llené con mi modesto equipaje, tan ligeramente como había salido en otro tiempo del ministerio, y volví a la calle del Infierno con ese *no sé qué de perfección que la desgracia presta a la virtud*.

Si el señor Gisquet fuera por la historia a la posteridad, quizá llegaría a ella en bastante mal estado: deseo que lo que acabo de escribir le sirva aquí de contrapeso a una opinión contraria. Sólo tengo elogios que tributar a sus atenciones y miramientos: indudablemente si yo hubiera sido condenado, no me habría dejado escapar; pero, al fin, tanto él como su familia me trataron con una delicadeza y una conciencia de mi posición, de lo que era y de lo que había sido, que no usaron una administración literata y legista, tanto más brutales, cuanto que procedían contra el débil, y no tenían motivo de temores.

De todos los gobiernos que se sucedieron en Francia hace cuarenta años, el de Felipe ha sido el único que me arrojó en el calabozo de los bandidos, poniendo su mano sobre mi cabeza, respetada hasta por un conquistador irritado: Napoleón levantó el brazo, pero no descargó el golpe. ¿Y por qué esa cólera? Voy a decirlo: porque me atreví a protestar en favor del derecho contra el hecho, en un

país en que pedí la libertad bajo el Imperio, la gloria bajo la Restauración; en un país donde, solitario, cuento, no por hermanos, hijos, goces y placeres, sino por sepulcros. Los últimos cambios políticos me separaron del resto de mis amigos: de éstos, unos se marcharon tras de la fortuna, y pasan, engordados con su deshonor, al lado de mi pobreza; otros abandonaron sus hogares, expuestos al insulto. Las generaciones deslumbradas por la independencia se han ido vendiendo, y comunes en su conducta, intolerables en su orgullo, medianas o locas en sus escritos, no aguardo de ellas sino el desdén con que yo les pago: no tienen motivo para comprenderme, porque ignoran lo que supone la fe jurada, el amor a las instituciones generosas, el respeto a sus propias opiniones, el desprecio del triunfo y del oro, la felicidad de los sacrificios, el culto de la debilidad y de la desgracia.

Después del auto de no ha lugar, me restaba cumplir un deber. El delito de que yo había sido acusado estaba relacionado con el que motivaba la detención del señor Berryer en Nantes. Yo no pude explicarme con el juez de instrucción, no reconociendo la competencia del tribunal. A fin de reparar el perjuicio que mi silencio podía haber causado al señor Berryer, escribí al ministro de Justicia la carta que va a leerse, y que publiqué por medio de los periódicos.

«París, 3 de julio de 1832.

»Señor ministro de Justicia: Permítame cumplir cerca de usted, en interés de un hombre privado hace bastante tiempo de su libertad, un deber de conciencia y de honor.

»Interrogado el señor Berryer, hijo, por el juez de instrucción en Nantes el 18 del mes último, respondió «que había visto a la señora duquesa de Berry, presentándole, con el respeto debido a su condición, a su valor y a sus desgracias, su opinión personal y la de dignos amigos sobre la situación actual de Francia y sobre las consecuencias de la presencia de S. A. R. en el Oeste».

»Desarrollando el señor Berryer con su talento acostumbrado este vasto asunto, lo reasumió en estos términos: «Cualquier guerra civil o extranjera, aun suponiéndola coronada del triunfo, no puede someter ni aliar las opiniones.»

»Preguntado acerca de las dignas per-

sonas de quienes acababa de hablar, contestó noblemente el señor Berryer, «que habiéndole manifestado hombres graves, acerca de las circunstancias actuales, una opinión conforme a la suya, había creído deber apoyarse en su parecer; pero que no los nombraría sin que éstos hubiesen consentido en ello.»

»Yo, señor ministro de Justicia, soy uno de estos hombres consultados por el señor Berryer, y no sólo he aprobado su opinión, sino que redacté una nota en ese mismo sentido, la cual debía ser entregada a la señora duquesa de Berry en el caso de que esta princesa se hallara realmente en suelo francés, cosa que no creía. No estando firmada dicha nota, escribí otra que firmé, y en la que suplía todavía más encarecidamente a la intrépida madre del nieto de Enrique IV que abandonara una patria desgarrada por tantas discordias.

»Tal es la declaración que yo debía al señor Berryer. El verdadero culpable, en caso de haberlo, soy yo. Confío que esta declaración servirá para la pronta excarcelación del preso de Nantes, pues hará pesar sólo sobre mi cabeza la inculpação de un hecho muy inocente sin duda, pero del que, en el último caso, acepto todas las consecuencias.

»Tengo el honor de ser, etc.»

»CHATEAUBRIAND.»

«Calle del Infierno, 84.

»Habiendo escrito al conde de Montalivet el 9 del mes último por un asunto relativo al señor Berryer, el ministro de la Gobernación no creyó ni aun deber notificarme que había recibido mi carta: como me interesa mucho saber la suerte de la que tengo el honor de escribir hoy al señor ministro de Justicia, le quedaré infinitamente obligado si manda a sus oficinas que me acusen el recibo.

»CH.»

No se hizo esperar la respuesta del señor ministro de Justicia, que fué la siguiente:

«París, 3 de julio.

»Señor vizconde: conteniendo la carta que me ha dirigido noticias que pueden ilustrar a la justicia, la hago enviar en seguida al procurador del rey, en el tribunal de Nantes, a fin de que se una

a la sumaria empezada contra el señor Berryer.

»Soy, con respeto, etc.

»El guarda sellos,

»BARTHE.»

Por esta respuesta se reservaba lindamente el señor Barthe una nueva persecución contra mí. Me acuerdo de los soberbios desdenes de los grandes hombres del justo medio, cuando yo dejaba entrever la posibilidad de una violencia ejercida contra mi persona o mis escritos. ¿Y a qué venía a adornarme de un peligro imaginario? ¿Quién se ocupaba de mi opinión? ¿Quién pensaba en tocar ni a uno solo de mis cabellos? Apasionados servidores de la olla, intrépidos héroes de la paz a todo trance, no por eso habéis dejado de tener vuestro terror de caja y de policía, vuestro estado de sitio en París, vuestros mil procesos de imprenta, vuestras comisiones militares para condenar a muerte al autor de los *Cancanes*, y me habéis encerrado en vuestras cárceles, siendo la pena aplicable a mi crimen nada menos que la pena capital. ¡Con qué placer os daría mi cabeza, si, arrojada en la balanza de la justicia, la hiciese inclinar del lado del honor, de la gloria y de la libertad de mi patria!

CARLOS X ME OFRECE MI PENSIÓN DE PAR.
— MI RESPUESTA. — BILETE DE LA DUQUESA DE BERRY. — CARTA A BÉRANGER.
— SALIDA DE PARÍS. — DIARIO DE PARÍS A LUGANO.

París, calle del Infierno, julio y agosto de 1832.

Yo estaba decidido más que nunca a volverme a mi destierro: la señora de Chateaubriand, asustada con mi aventura, hubiera querido estar muy lejos, y no tratamos ya más que de elegir el sitio en que fijáramos nuestras tiendas. La gran dificultad era encontrar algún dinero para vivir en tierra extraña, y pagar primero una deuda que me amenazaba con persecución y con cárcel.

El primer año de una embajada arruina siempre al embajador, y esto fué lo que me sucedió en Roma. Me retiré al advenimiento del ministro Polignac, y me marché añadiendo a mi ordinaria escasez sesenta mil francos de préstamo. Había yo llamado a las puertas de todas las bolsas realistas; pero ninguna se

abrió: aconsejéronme que acudiera al señor de Laffitte. El señor de Laffitte me adelantó diez mil francos, que entregué en seguida a los acreedores más apremiantes. Con el producto de mis folletos logré reunir la suma, que le devolví con reconocimiento; pero siempre me quedaban por pagar unos treinta mil francos, aparte de mis antiguas deudas, de las que algunas tienen barbas, pero viejas; desgraciadamente, esas barbas son barbas de oro, que se cortan todos los años de mi barba.

El duque de Levis, de regreso de un viaje de Escocia, me había dicho de parte de Carlos X que este príncipe deseaba seguir suministrándome mi pensión de par: yo creí deber rehusar semejante ofrecimiento. El duque de Levis volvió a la carga, al verme cuando salí de mi prisión en los apuros más crueles, no encontrando nada por mi casa y mi jardín de la calle del Infierno, y estando acosado por una nube de acreedores. Yo había vendido ya mis alhajas de plata. El duque de Levis me llevó veinte mil francos, diciendo noblemente que eran las dos anualidades de la dignidad de par que el rey reconocía deberme, y que mis deudas de Roma no eran más que una deuda de la corona. Esta suma me ponía en libertad: la acepté como un préstamo momentáneo, y escribí al soberano la siguiente carta (1):

«Señor: En medio de las calamidades con que plugo a Dios santificar vuestra vida, no habéis olvidado a los que sufren al pie del trono de San Luis. Hace algunos meses os dignasteis darme a conocer vuestro generoso designio de continuar-me la pensión de par que renuncié al negarme a prestar juramento al poder ilegítimo; creí que V. M. tenía servidores más pobres que yo y más merecedores de sus bondades. Pero los últimos escritos que he publicado me han ocasionado pérdidas y suscitado persecuciones: he tratado, aunque en vano, de vender lo poco que me quedaba. Me veo obligado a aceptar, no la pensión anual que V. M. se digna señalarme sobre su real indigencia, sino un auxilio provisional para des- embarazarme de los obstáculos que me impiden volver al asilo en donde podré vivir con mi trabajo. Señor, preciso es que yo sea bien desgraciado para servir

(1) En mi primer viaje a Praga se verá mi conversación con Carlos X acerca de este préstamo. (Nota de París, 1834)

de carga, ni aun por un instante, a una corona que he sostenido con todas mis fuerzas, y a la que continuaré sirviendo el resto de mi vida.

»Soy, con el más profundo respeto, etc.

»CHATEAUBRIAND.»

Mi sobrino, el conde Luis de Chateaubriand, me prestó, por su parte, una suma igual de veinte mil francos. Desembarazado así de los obstáculos materiales, hice los preparativos de mi viaje; pero una razón de honra me detenía: la señora duquesa de Berry estaba en tierra de Francia; ¿qué sería de ella? ¿No debía yo permanecer en los lugares adonde podían llamarme sus peligros? Un billete de la princesa que me llegó del fondo de la Vendée acabó de dejarme en libertad.

«Iba a escribirle, señor vizconde, acerca de ese gobierno provisional que creí deber formar cuando ignoraba si podía yo penetrar en Francia, y del que me dijeron que consentía usted en formar parte. Nunca existió de hecho, puesto que jamás se ha reunido, y algunos de sus miembros no se han puesto de acuerdo sino para hacerme llegar un consejo que no he podido seguir. No por eso los quiero mal. Juzgó usted, con arreglo a los informes que le han dado, de mi posición y de la del país los que tenían razones para conocer mejor que yo los efectos de una fatal influencia, en que no he querido creer; tengo la seguridad de que si el señor de Chateaubriand hubiera estado a mi lado, su corazón noble y generoso se habría negado a ello igualmente. No por eso cuento menos con los buenos servicios individuales, y hasta con los consejos de las personas que constituían el gobierno provisional, y cuya elección me había sido dictada por su celo ilustrado y su adhesión a la legitimidad en la persona de Enrique V. Veo que usted tiene intención de abandonar Francia: mucho lo sentiría si pudiera acercarle a mí: pero usted tiene armas que alcanzan de lejos, y confío que no cesará de combatir por Enrique V.

»Crea, señor vizconde, en toda mi estimación y amistad.

»M. C. R.»

Por esta carta *Madama* prescindía de mis servicios, no accedía a los consejos que me atreví a darle en la nota de que había sido portador el señor Berryer, y hasta parecía algo resentida de ella, bien

que reconociese que la había extraviado una influencia fatal.

Vuelto así a mi libertad y desembarazado de todo, hoy 7 de agosto; no teniendo ya más que hacer que marcharme, he escrito una carta de despedida al señor de Béranger, que me había visitado en mi prisión.

Al señor de Béranger.

«París, 7 de agosto de 1832.

»Quería, caballero, haber ido a despedirme de usted en persona, y darle gracias por su recuerdo: me falta tiempo, y me veo obligado a marchar sin tener el placer de verle y abrazarle. Ignoro mi porvenir: ¿hay hoy día algún porvenir claro para nadie? No estamos en una época de revolución, sino de transformación social: ahora bien, las transformaciones se operan con lentitud, y las generaciones que se encuentran en el período de la metamorfosis parecen oscuras y miserables. Si Europa (cosa que podría bien suceder) está en la edad de la decrepitud, éste es otro asunto: no producirá nada, y se extinguirá en una impotente anarquía de pasiones, costumbres y doctrinas. En este caso, caballero, habrá usted cantado sobre un sepulcro.

»He cumplido, caballero, todos mis compromisos: he vuelto a oír su voz; he defendido lo que había venido a defender; he sufrido el cólera y vuelvo a la montaña. No rompa su lira, como amenazó ya; le debo uno de mis títulos más gloriosos al recuerdo de los hombres. Haga todavía sonreír y llorar a Francia, porque sucede, por un secreto conocido únicamente de usted, que en sus canciones populares las palabras son alegres y la música lastimera.

»Me recomiendo a su amistad y a su musa.

»CHATEAUBRIAND.»

Basilea, 12 de agosto de 1832.

Muchas personas mueren sin haber perdido de vista su campanario: yo no puedo encontrar el campanario que debe verme morir. En busca de un asilo para acabar mis *Memorias* viajo nuevamente, arrastrando en pos de mí un enorme bagaje de papeles, correspondencias diplomáticas, notas confidenciales, cartas de ministros y reyes: es la historia llevada a la grupa por la novela.

Pasé la frontera sin ningún contra-

tiempo con mi bagaje: veamos si del otro lado de los Alpes no podré disfrutar de la libertad de Suiza y del sol de Italia, necesidad de mis opiniones y de mis años.

A la entrada de Basilea encontré un anciano suizo aduanero, quien me obligó a hacer una pequeña cuarentena de un cuarto de hora: bajaron mi equipaje a una cueva, y pusieron en movimiento no sé qué cosa que imitaba el ruido de un telar: se produjo un humo ácido, y, purificado así del contagio de Francia, el buen suizo me dejó marchar.

He hallado en Basilea el nido de cigüeñas que dejé allí hace seis años; pero el hospital en cuyo tejado la cigüeña de Basilea construyó su nido no es el Partenón; el sol del Rin no es el sol de Cefiso; el concilio no es el Areópago; Erasmo no es Pericles: no obstante, algo es el Rin, la selva Negra, la Basilea romana y germánica. Luis XIV extendió Francia hasta las puertas de aquella ciudad, y tres monarcas enemigos la cruzaron en 1813 para ir a dormir en el lecho de Luis el Grande, que en vano defendió Napoleón. Vamos a ver las danzas de la muerte, de Holbein, que ellas nos darán cuenta de las vanidades humanas.

La danza de la muerte (si es que esto no era en aquella época una verdadera pintura) tuvo lugar en París en 1424, en el cementerio de los Inocentes; su procedencia era inglesa. La representación del espectáculo fué consignada en cuadros, que se expusieron en los cementerios de Dresde, Lubeck, Minden, Chaise-Dieu, Estrasburgo, Blois (Francia), y el pincel de Holbein inmortalizó en Basilea aquellas alegrías de la tumba.

Aquellas danzas del gran artista han sido a su vez llevadas por la muerte, que no perdona ni sus propias locuras: sólo han quedado en Basilea del trabajo de Holbein seis piezas aserradas sobre las piedras del claustro y depositadas en la Universidad. Un dibujo con coloridos conserva el conjunto de la obra.

Aquellas imágenes grotescas sobre un fondo terrible tienen algo del genio de Shakespeare, genio mezclado de trágico y cómico. Los personajes tienen una expresión viva: pobres y ricos, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, papas, cardenales, curas, emperadores, reyes, reinas, príncipes, duques, nobles, magistrados, guerreros, todos combaten y razonan contra la Muerte; ninguno la acepta de buen grado.

La Muerte está variada hasta lo infinito, pero siempre burlona; semejante a la vida, que no es más que una grave arlequinada. Esa Muerte del pintor satírico tiene una pierna de menos, como el pordiosero con pierna de palo a cuyo lado camina; toca el bandolín detrás del hueso de su espalda como el músico a quien arrastra. No siempre está calva: mechones de cabellos rubios, castaños o grises, revolotean alrededor del cuello del esqueleto, haciéndole más espantoso con hacerle parecer casi vivo. En uno de los cartones la Muerte tiene carne todavía, es casi joven como un joven, y lleva a una muchacha que está mirándose en un espejo. La Muerte lleva en su zurrón chascos de un estudiante travieso: corta con unas tijeras la cuerda del perro que conduce a un ciego, y el ciego está a dos pasos de una fosa abierta; en otra parte la Muerte, con una pequeña capa, se acerca a una de sus víctimas con los gestos de un bufón. Holbein debió tomar la idea de aquella formidable alegría en la naturaleza misma: se entra en un cuarto de reliquias, y todas las cabezas de muerto parece que se burlan, porque descubren los dientes: es la risa, sin los labios que la diseñan, formando la sonrisa. ¿De qué se burlan esas calaveras? ¿De la nada de la vida?

La catedral de Basilea, y, sobre todo, sus antiguos claustros, me han agradado. Al recorrer estos últimos, llenos de inscripciones fúnebres, he leído los nombres de algunos reformadores. El protestantismo elige mal el lugar y aprovecha mal su tiempo cuando se coloca en los monumentos católicos: entonces se ve menos lo que ha reformado que lo que ha destruido. Esos áridos pedantes que pensaban rehacer un cristianismo primitivo en un antiguo cristianismo creador de la sociedad hace quince siglos, no pudieron erigir un solo monumento. ¿A qué hubiera correspondido ese monumento? ¿Cómo habría estado en armonía con las costumbres? Los hombres no estaban hechos, como Lutero y Calvino, en tiempos de Lutero y de Calvino: estaban hechos, como León X, con el genio de Rafael, o como San Luis, con el genio gótico: el menor número no creía en nada; la mayoría creía en todo. Por esto es que el protestantismo no tiene por templos más que salones de escue-las, o por iglesias más que las catedrales que ha devastado: allí fué a establecer su desnudez. Jesucristo y sus após-

toles no se parecían, ciertamente, a los griegos y a los romanos de su siglo; pero aquellos no venían a reformar un culto antiguo, sino a fundar una religión nueva, a reemplazar los dioses por un dios.

Lucerna, 14 de agosto de 1832.

El camino de Basilea a Lucerna por la Argovia presenta una serie de valles, algunos de los cuales se asemejan al valle de Argelés, pero faltándoles el cielo español de los Pirineos. En Lucerna, las montañas, diversamente agrupadas, escalonadas, perfiladas y de diversos colores, se terminan retirándose unas tras otras y hundiéndose en la perspectiva hacia las nieves vecinas del San Gotardo. Si se suprimiera el Rigi y el Pilate, y no se conservara más que las colinas cubiertas de hierbas y madrigueras de conejos que rodean el lago de los Cuatro Cantones, se reproduciría un lago de Italia.

Los arcos del claustro del cementerio que rodean a la catedral son como los palcos, desde donde se puede gozar de aquel espectáculo. Los monumentos de aquel cementerio tienen por estandarte una cruzcita de hierro con un Cristo dorado. A los rayos del sol, son otros tantos puntos luminosos que se escapan de las tumbas; de trecho en trecho hay pilas de agua bendita, en las que se moja una rama, con la que se pueden bendecir cenizas queridas. Yo nada lloraba allí en particular, pero derramé el rocío lustral sobre la comunidad silenciosa de los cristianos y de los desgraciados hermanos míos. Un epitafio me dice: *Hodie mihi, cras tibi*; otro: *Fuit homo*; otro: *Siste, viator; abi, viator*. Yo espero a mañana, y habré sido hombre, y viajero me detengo, y viajero me voy. Recostado contra uno de los arcos del claustro, contemplé largo rato el teatro de las aventuras de Guillermo Tell y de sus compañeros, teatro de la libertad helvética, tan bien cantado y descrito por Schiller y Juan de Müller. Mis ojos buscaron en el cuadro inmenso la presencia de los muertos más ilustres, y mis pies hollaban las cenizas más ignoradas.

Hace cuatro o cinco años, al volver a ver los Alpes, me preguntaba qué era lo que iba a buscar allí: ¿qué diré hoy? ¿Qué diré mañana, y mañana aún? ¡Desgraciado de mí, que no puedo envejecer, y estoy envejeciendo siempre!

Lucerna, 15 de agosto.

Los capuchinos fueron esta mañana, según es costumbre el día de la Asunción, a bendecir las montañas. Esos monjes profesan la religión bajo la cual nació la independencia suiza: esa independencia dura todavía. ¿Qué será de nuestra moderna libertad, maldecida con la bendición de los filósofos y de los verdugos?

El viajero francés en Suiza se siente conmovido y entristecido: nuestra historia, desgraciadamente para los pueblos de esas regiones, se liga demasiado con la suya: la sangre de la Helvecia ha corrido por nuestra causa y por nosotros: hemos llevado el hierro y el fuego a la cabaña de Guillermo Tell: hemos comprometido en nuestras guerras civiles al aldeano guerrero que guardaba el trono de nuestros reyes. El genio de Thorwaldsen señaló el recuerdo del 10 de agosto en la puerta de Lucerna. El león helvético expira atravesado de una flecha, cubriendo con su cabeza agachada y una de sus patas el escudo de Francia, del que sólo se ve una flor de lis. La capilla consagrada a las víctimas; el grupo de árboles verdes que acompaña el bajo relieve esculpido en la roca; el soldado salvado de la matanza del 10 de agosto, que enseña a los viajeros el monumento; el billete de Luis XVI que manda a los suizos deponer las armas; el frontón del altar ofrecido por la Delfina a la capilla expiatoria y sobre el que aquel prefecto modelo de dolor ha bordado la imagen del cordero divino inmolado... ¿Por qué designio, después de la última caída del trono de los Borbones, la Providencia me envía a buscar un asilo al lado de aquel monumento? A lo menos yo puedo contemplarlo sin avergonzarme; puedo poner mi mano débil, pero no perjura, sobre el escudo de Francia, como el león lo abarca con sus garras poderosas, aunque afluadas por la muerte.

Pues bien, ¡un miembro de la Dieta ha propuesto destruir ese monumento! ¿Qué pide Suiza? ¿La libertad? Goza de ella hace cuatro siglos. ¿La igualdad? La tiene. ¿La república? Es su forma de gobierno. ¿El alivio de los impuestos? Apenas tiene contribuciones. Pues, ¿qué es lo que quiere? Quiere cambiar: ésa es la ley de los seres. Cuando un pueblo, transformado por el tiempo, no puede permanecer siendo lo que fué, el primer síntoma de su enfermedad es el odio a lo

A las tres.

pasado y a las virtudes de sus antepasados.

Me marché del monumento del 10 de agosto por el gran puente cubierto, especie de galería de madera suspendida sobre el lago. Doscientos treinta y ocho cuadros triangulares, puestos entre los cabrios del techo, adornan aquellas galerías. Son los fastos populares, en donde el suizo aprendía, al pasar, la historia de su religión y de su libertad.

Sobre el lago de Lucerna, 16 de agosto de 1832, a mediodía.

Alpes, bajad vuestras cumbres; no soy ya digno de vosotros: joven, estaría solitario; anciano, sólo me encuentro aislado. Todavía pintaría bien la naturaleza; pero, ¿para quién? ¿Quién haría caso de mis cuadros? ¿Qué otros brazos que los del tiempo estrecharían en recompensa mi frente de genio, desnuda de cabellos? ¿Quién repetiría mis cantos? ¿A qué musa se los inspiraría? Bajo la bóveda de mis años, como bajo la de los nevados montes que me rodean, no vendrá a enardecerme ningún rayo de sol. ¡Qué lástima es arrastrar, al través de estos montes, pasos fatigosos que nadie querría seguir! ¡Qué desdicha la de no hallarme en libertad de vagar de nuevo sino al fin de mi vida!

A las dos.

Mi barca se detuvo en la cala de una casa sobre la orilla derecha del lago, antes de entrar en el golfo de Uri. He subido por el verjel de aquella posada, yendo a sentarme bajo dos nogales que cubren un establo. Delante de mí, algo a la derecha, en la orilla opuesta del lago, se despliega la aldea de Schwyz entre verjales y los planos inclinados de aquellas praderas, llamadas *Alpes* en el país: está coronada por una roca cortada en semicírculo, y cuyas dos puntas, el *Mythen* y el *Haken* (la mitra y el báculo), toman su nombre de su forma. Aquel capitel bifurcado descansa sobre céspedes, como la corona de la ruda independencia helvética sobre la cabeza de un pueblo de pastores. El silencio sólo era interrumpido a mi alrededor por el sonido de los cencerros de dos terneras que había en el vecino establo, y que parecía anunciarme la gloria de la libertad pastoril que Schwyz dió con su nombre a todo un pueblo: un pequeño cantón en las inmediaciones de Nápoles, llamado *Italia*, dió también su nombre, aunque con derechos menos sagrados, a la tierra de los romanos.

Partimos y entramos en el golfo o lago de Uri. Las montañas se abren y obscurcen. Une allí la cima verde del Grütli y las tres fuentes en donde Fürst, Arnoldo de Melchtal y Stauffacher juraron la emancipación de su patria; y allá, al pie del Aehsenberg, la capilla que marca el sitio en que Tell, saltando del barco de Gessler, lo rechazó con el pie al medio de las olas.

Pero, ¿han existido Tell y sus compañeros? ¿No serán, tal vez, personajes del Norte nacidos de los cantos de los Escaldas, y de los que se encuentran tradiciones heroicas en las riberas de la Suecia? ¿Son hoy los suizos lo que eran en los tiempos de la conquista de su independencia? Estos senderos de osos ven rodar carruajes por donde Tell y sus compañeros brincaban de abismo en abismo, con el arco en la mano. ¿Soy yo mismo un viajero en armonía con aquellos sitios?

Afortunadamente vino a asaltarme una tempestad. Abordamos a un ancón, a poca distancia de la capilla de Tell: siempre es el mismo Dios que subleva los vientos, y la misma confianza en Dios la que tranquiliza a los hombres. Como en otro tiempo, al atravesar el Océano, los lagos de América, los mares de Grecia, de Siria, escribo en un papel humedecido. Las nubes, las olas, el ruido del rayo se asocian mejor al recuerdo de la antigua libertad de los Alpes que la voz de esa naturaleza afeminada y degenerada que mi siglo ha colocado a pesar mío en mi seno.

Altorf.

Hemos desembarcado en Fluelen y llegado a Altorf; la falta de caballos me retiene una noche al pie del Bamberg. Aquí Guillermo Tell derribó la manzana de la cabeza de su hijo: el tiro era a la distancia que separa aquellas dos fuentes. Creamos, a pesar de la misma historia referida por Sajón *el Gramático*, y citada por mí en el *Ensayo sobre las revoluciones*: tengamos fe en la religión y la libertad, las dos únicas cosas grandes del hombre: la gloria y el poder son brillantes, pero no tienen grandeza.

Diez de la noche.

Vuelve a comenzar la tempestad: cubren los relámpagos por las rocas: los ecos aumentan y prolongan el ruido del

trueno: los mugidos del Schœchen y del Reuss reciben al bardo de la Armórica. Hace mucho tiempo que no me había encontrado solo y libre: nada en el cuarto en donde estoy encerrado: dos camas para un viajero que vela y no tiene amores que mecer ni ilusiones que forjarse. Aquellas montañas, aquella tempestad, aquella noche son tesoros perdidos para mí. Y, no obstante, ¡cuánta vida siento en el fondo de mi alma! Jamás, cuando la sangre más ardiente del corazón corría por mis venas, he hablado el lenguaje de las pasiones con tanta energía como pudiera hacerlo en este momento. Me parece que veo salir de los costados del San Gotardo mi sílfide de los bosques de Combourg. ¿Vienes a buscarme, encantador fantasma de mi juventud? ¿Te compadeces de mí? Ya lo ves: no he cambiado más que de rostro: siempre quimérico, devorado por un fuego sin causa y sin alimento. Salgo del mundo en el que entraba cuando te creé en un momento de éxtasis y delirio. Esta es la hora en que yo te invocaba en mi torre. Todavía puedo abrir mi ventana para dejarte entrar. Si no estás satisfecha con las gracias que te he prodigado, te haré aún cien veces más seductora: mi paleta no está agotada; he visto más bellezas, y sé pintar mejor. Ven a sentarte sobre mis rodillas: no tengas miedo de mis cabellos: acarícialos con tus dedos de hada o de sombra, y haz que se vuelvan negros con tus besos. ¡Esta cabeza, que no hacen sabía los cabellos que de ella se desprenden, es tan loca como lo era cuando te di el ser, hija primogénita de mis ilusiones, dulce fruto de mis amores misteriosos con mi primera soledad! Ven y ascenderemos todavía juntos sobre nuestras nubes; iremos con el rayo a surcar, iluminar y abrazar los precipicios por donde mañana pasará. ¡Ven! Llévame como en otro tiempo, pero no me traigas más.

Llaman a mi puerta: no eres tú; es el guía. Han llegado los caballos y es necesario partir. De este sueño no queda más que la lluvia, el viento y yo, sueño sin fin, eterna tempestad.

17 de agosto de 1832 (Amsteg).

Desde Altorf hasta aquí hay un valle entre montañas apiñadas, como se ven por todas partes: el Reuss ruidoso en el centro. En la posada del *Cierro* se me aproximó un estudiantillo alemán que

venía de las neveras del Ródano, y me dijo: «¿Viene de Altorf esta mañana? Camine de prisa.» Suponía que yo iba a pie como él; pero viendo luego mi carruaje: «¡Oh! — dijo — ¡caballos! eso es otra cosa.» Si el estudiante quisiera cambiar sus jóvenes piernas por mi carruaje y mi peor carro de gloria, ¡con qué placer tomaría yo su palo, su blusa gris y su barba rubia! Me iría a las neveras del Ródano: hablaría la lengua de Schiller a mi querida, y meditaría profundamente en la libertad germánica: él, viejo como el tiempo, caminaría hastiado como un muerto, desengañado por la experiencia, habiéndose atado al cuello, como una campanilla, un ruido de que estaría más cansado al cabo de un rato que el zumbido del Reuss. No tendrá lugar el cambio: los buenos lances no están para mí. Se marchó mi estudiante, y me dijo, quitándose y poniéndose su gorra teutona con una leve inclinación de cabeza: «Con su permiso.» Otra sombra que se desvanece. El estudiante no sabe mi nombre: me habrá encontrado y no lo sabrá jamás: me complazco en esta idea; busco la obscuridad con más vehemencia que en otro tiempo deseaba la luz: ésta me incomoda, ora porque ilumina mis miserias, ora porque me muestra objetos de que no puedo ya gozar: tengo prisa por pasar la antorcha a mi vecino.

Tres mozos tiran la ballesta: Guillermo Tell y Gessler se encuentran por todas partes. Los pueblos libres conservan el recuerdo de las fundaciones de su independencia. Pregúntese a un pobre de Francia si arrojó alguna vez el hacha en memoria del rey Hlowigh, o Kholdwig o Clodoveo.

CAMINO DE SAN GOTARDO. — VALLE DE SCHÖLLENEN. — PUENTE DEL DIABLO. — EL SAN GOTARDO. — DESCRIPCIÓN DE LUGANO. — LAS MONTAÑAS. — EXCURSIONES ALREDEDOR DE LUCERNA. — CLARA WENDEL.—ORACIONES DE LOS ALDEANOS.

El nuevo camino de San Gotardo, al salir de Amsteg, va y viene haciendo eses por espacio de dos leguas, unas veces costando el Reuss y separándose otras, cuando la madre del torrente se ensancha. En los relieves perpendiculares del paisaje se divisan cuevas desnudas o tachonadas con grupos de hayas; picos rasgando las nubes, cúpulas cubiertas de

nieve, cimas calvas o que conservan algunos residuos de nieve como mechones de cabellos blancos: en el valle, puentes, columnas de tablas ennegrecidas, nogales y árboles frutales.

Un paso más arriba, en la orilla derecha del Reuss, cambia la escena: el río corre formando cascadas por un cauce pedregoso, bajo una arboleda de espesos pinos; es el valle del puente de España en Cauterets. En los costados de la montaña vejetan las malezas sobre las aristas de la roca viva, en donde, amarradas por sus raíces, resisten el embate de las tempestades.

Por el camino sólo algunos cuadros de patatas denotan al hombre en aquel sitio: es preciso que coma y que ande éste en el resumen de su historia. Los rebañes, relegados a los pastos de las regiones superiores, se ocultan a la vista; pájaros no existen; águilas tampoco: la gran águila cayó en el Océano al pasar por Santa Elena: no hay vuelo tan alto y fuerte que no desfallezca en la inmensidad de los cielos. El águila real acaba de sucumbir. Habíamos anunciado otras águilas de julio de 1830: a la verdad han bajado de su guarida para anidar con los palomos calzados. Sus garras nunca arrebatarán gamos; debilitada su mirada en la luz doméstica, jamás contemplará en la cima de San Gotardo el libre y brillante sol de la gloria de Francia.

Después de pasar el puente del Salto del Cura y dar la vuelta a la aldea de Wasen, volvimos a tomar la orilla derecha del Reuss: a una y otra orilla blanquean cascadas extendidas entre verdes alfombras, al paso de los viajeros. Por un desfiladero se divisa el ventisquero de Ranz, que se une a los ventisqueros de la Furca.

Se penetra, al fin, en el valle de Schœllenen, en donde principia la primera rampa del San Gotardo. Este valle es una muesca de dos mil pies de profundidad, formada en una roca de granito. Las paredes de la roca forman gigantescos muros perpendiculares. Las montañas no ofrecen más que sus costados ardientes y enrojados. El Reuss truena en su lecho vertical acolchado de piedras. Los restos de una torre dan testimonio de otros tiempos, como la naturaleza recuerda aquí siglos inmemoriales. Sostenido en el aire por las murallas, a lo largo de las masas de granito, el camino, inmóvil torrente, circula paralelo al torren-

te móvil del Reuss. Aquí y acullá bóvedas de fábrica ofrecen al viajero un abrigo contra el alud: se camina todavía algunos pasos en una especie de embudo tortuoso, y, de pronto, en una de las volutas de la concha, se encuentra uno frente a frente del puente del Diablo.

Este puente corta hoy el arco del nuevo puente más elevado, construido detrás y que le domina: el puente antiguo, alterado en esa forma, no se asemeja más que a un pequeño acueducto de dos pisos. El puente nuevo, cuando se viene de Suiza, oculta la cascada que se retira. Para gozar del espectáculo del arco Iris y de los juegos de la cascada hay que colocarse en dicho punto; pero, para el que ha visto la catarata del Niágara, no hay cascada que pueda sorprenderle. Mi memoria opone continuamente mis viajes a mis viajes, montañas a montañas, ríos a ríos, selvas a selvas, y mi vida destruye mi vida. Igual me sucede respecto de las sociedades y de los hombres.

Los caminos modernos que el Simplón ha enseñado y que el Simplón borra, no presentan el efecto pintoresco de los antiguos. Estos últimos, más atrevidos y más naturales, no evitaban ninguna dificultad: no se separaban del curso de los torrentes; subían y bajaban con el terreno, escalando las rocas, hundiéndose en los precipicios, y pasaban bajo los aludes sin quitar nada al placer de la imaginación ni al goce de los peligros. El antiguo camino de San Gotardo, por ejemplo, era mucho más peligroso que el actual. El puente del Diablo debía su reputación a que, al entrar en él, se veía por encima la cascada del Reuss, y trazaba un arco obscuro o más bien un estrecho sendero a través del brillante vapor de la cascada. Luego, al extremo del puente, el camino subía a pico hasta llegar a la capilla, cuyas ruinas se ven todavía.

Después de desembocar del puente del Diablo y de la galería de Urnerloch, llegamos a la pradera de Ursern, cerrada por estrellas como los asientos de piedra de un anfiteatro. El Reuss corre apaciblemente en medio del verde: el contraste es singular: así es como, antes y después de las revoluciones, la sociedad aparece tranquila: los hombres y los imperios descansan a dos pasos del abismo en que van a caer.

En la aldea de Hospital principia la